

migra y queda siempre más o menos alrededor del terreno donde fué expuesto o donde salió del huevo. Se presta, pues, admirablemente, para reemplazar al faisán, que es vagabundo y se muda a campos lejanos cuando el patrón quiere sacrificarlo en el altar de San Huberto. La perdiz argentina, por el contrario, es fiel al suelo nativo y agradece a su dueño con una interesante y variada cacería. Los cazadores no saben cómo admirar su gran habilidad en esconderse ante el hombre y en adaptarse a las particularidades del terreno para encontrar abrigo.

Resultados mejores aún dará, parece, la aclimatación de la martineta, *Calodromas elegans*. Los primeros ejemplares de esta especie fueron importados en 1903, para la faisanería de Alt-Nitsche, Posen, por el Sr. Neyman, que los había recibido de Buenos Aires por intermedio del señor Wiengreen, y yo mismo las vi allí en 1904, juntas con ejemplares de la *Rhynchotus*, sus antiguos compañeros de la Pampa. La aclimatación de la martineta parece más fácil aún, puesto que habita las regiones occidentales de la República y el norte de la Patagonia; es decir, zonas algo más australes que las preferidas por la perdiz, cuyo clima es más comparable con el de la Europa central.

No dudo que la aclimatación también de la "perdiz chica" (*Nothura maculosa*) será fácil; pero no tengo datos si desde aquella época (1904), ya se ha ensayado algo al respecto. Tampoco he podido seguir las noticias apuntadas hace diecisiete años sobre un tema que supongo desconocido a los lectores de EL HORNERO.

R. LEHMANN-NITSCHKE.

## AVES Y BATRACIOS

Siempre había considerado los batracios como víctimas de las aves, pues sendas veces al preparar cueros de pájaros y revisar sus buches hallé en ellos restos de renacuajos, hilas, sapitos y ranitas. Recuerdo que en una de mis últimas víctimas, una hermosa cigüeña (*Euxenura maguari*), hallé en su buche los restos de 17 hilas (*Hyla raddiana*). Supongo que esta uniteralidad de las relaciones entre aves y batracios sea la opinión general de todas las personas, y que hechos invertidos serían poco admisibles o fantásticos; pero hoy vengo a destruir tal creencia y afirmar por el contrario que en muchos casos pueden ser las aves víctimas de los batracios.

Hace muchos años que figuraba en el gabinete de H. Natural de la Facultad de Agronomía de La Plata, conservado en un recipiente con alcohol, un grueso ejemplar de rana comestible (*Leptodactylus ocellatus*), un hermoso macho, que tenía tragado por más de la mitad del cuerpo una avecilla (*Cinclodes fuscus?*) que parecía haber cazado poco antes de ser cazado él a su vez.

Durante la primavera de 1920, en mis excursiones botánicas en los alrededores de La Plata, hallé gran número de jóvenes escuerzos de la especie grande (*Ceratophrys ornata*) y atraído por sus lindos colores, llevé una media docena de ellos a casa, soltándolos en mi jardín, en el cual tengo prisioneras, cortando periódicamente las rémigas derechas, varias aves, como torcasitas (*Columbula picui*), torcazas (*Zenaida auriculata*), tordos (*Molothrus badius*), charrúas (*Gnorimopsar chopi*), bienteveos (*Pitangus bolivianus*), etc.; visitan además el jardín, atraídos por la comida abundante, palomas caseras y gorriónes en abundancia, viviendo todos tranquilos y en plena confianza a causa de que nunca se les molesta. Todos esos animales viven en perfecta armonía entre sí y los escuerzos

no tardaron en desaparecer aparentemente, enterrándose en la tierra fina y mu-llida de los canteros, sólo reapareciendo de trecho en trecho a la caída de algún buen chaparrón de agua: en esas ocasiones constaté que los que aparecían iban aumentando de tamaño y tal vez mermaban en número.

En el jardín están dispuestos un bebedero y dos comederos colocados lejos entre sí y allí a mi llamado acuden alegres las aves cuando dos veces por día les distribuyo la comida. Al principio del mes de noviembre noté que uno de los escuerzos mayores (cuerpo de 7 cm. de longitud) se hallaba enterrado entre unas matas de violetas al lado de uno de los comederos, conservando afuera del suelo los ojos y la nariz; las aves se paseaban a su derredor picando los granos de alpiste hasta sobre la cabeza del batracio sin temor ni desconfianza y éste parecía dormido y sin prestar atención ni molestarse. Dos días más tarde mientras echaba el alpiste acudió una paloma casera caletona muy mansa, la que de repente voló como asustada y con gran sorpresa noté que el escuerzo conservaba en su boca dos plumas arrancadas de la pata de esa paloma. Dos o tres días después encontré ahogado en un balde que contenía pocos centímetros de agua a un bienteveo, sin poderme explicar la causa porqué ese pobre animal hubiese ido a caer en ese balde; a la mañana siguiente tuve otra sorpresa desagradable, pues encontré sobre un cantero muerta una torcasita, muy querida y domesticada; a un par de metros de distancia del cadáver, se hallaban todas las plumas de la cola y muchas de las ventrales; el cuerpo presentaba una gran desgarradura del cuero sobre el costado derecho; no había duda de que el pobre animalillo había sido improvisamente asaltado por un enemigo desde atrás y dada la facilidad como caen las plumas y se rompe el cuero de las palomitas, había podido escaparse e ir a morir donde estaba, tal vez más por el susto que por la gravedad de las heridas recibidas; sospeché que el asesino debía ser alguna rata o algún gato, no pudiendo admitir que el escuerzo hubiese tenido el valor de atacar una presa de tanto tamaño. Desde aquel día el escuerzo desapareció del lado de ese comedero y no lo vi más.

El día 21 de enero de este año a las nueve de la mañana, como de costumbre fuí a dar de comer a mis amiguitos; junto con los prisioneros míos acudieron numerosos gorriones y yo me quedé mirándolos y conversando con algunos de mis hijos; de repente al lado del comedero hubo como una diminuta erupección volcánica seguida por los chirridos lastimosos de un gorrión macho adulto que quedaba en decúbito dorsal con su ala izquierda totalmente aferrada por la boca de uno de los escuerzos; corrí inmediatamente en ayuda del cautivo y agarrado el escuerzo por las patas traseras me costó bastante para arrancarle la presa. El batracio muy enojado e hinchado después de dos o tres brinco sin orientación, volvió a meterse y enterrarse en el agujero de donde había salido, al pie de un jazmín del cabo, a unos 25 o 30 centímetros del comedero. Yo estaba comentando el hecho con toda la gente de casa que había acudido; algunos otros gorriones habían vuelto al comedero, cuando de repente el escuerzo pegó un enorme brinco y llegó a cazar, esta vez por la cabeza, a otro gorrión, una hembra adulta y fuerte; la víctima no pudo dar ni un grito y no tardó con el aflojamiento de todo su cuerpo en demostrar que había muerto; entonces el escuerzo cada 20 ó 30 segundos hacía un esfuerzo para tragar el bocado que penetraba cada vez un poco más; al principio buscó con las patitas anteriores de acomodar las alas para que no dificultaran la deglución; mas, por lo general, entre uno y otro esfuerzo, especialmente al final, efectuaba unos saltitos y unas curiosas contorsiones, al fin de que el voluminoso bocado se acomodara mejor en la cavidad faríngeo-estomacal; por fin a los 14 minutos justos, después de haber sido cazado, el ave había desaparecido totalmente con todas

sus plumas en el estómago de su voraz enemigo; éste entonces quedó unos minutos quieto, como para recobrar aliento, en seguida dió dos o tres brincos desordenados, bajando, en marcha hacia atrás, a su pocito, en donde manobrando con sus patas traseras, fué lentamente enterrándose para desaparecer muy pronto del todo; yo, sondeando con el dedo, constaté que el enterramiento alcanzaba a una profundidad de unos 5 centímetros debajo de la superficie del suelo; allí permaneció digiriendo tranquilamente, y recién el día 27 constaté que el batracio había cambiado su habitación sin poder saber dónde había ido a guarecerse, y sin poder constatar si digería totalmente su víctima o si hubiese lanzado las plumas y los huesecillos como hacen sendas aves de rapiña.

El modo de ubicarse del batracio en ambas veces me hace suponer ciertos rudimentos de inteligencia para poder apreciar y seleccionar oportunamente el lugar más estratégico para sus cacerías, sabiendo además utilizar perfectamente su espléndida librea mimética que lo hace poco aparente entre la tierra y el pasto; la mayor acometividad demostrada la atribuyo tal vez a la estación que coincide con la de los celos, época que demanda una alimentación más intensa y frecuente.

Desde ese día memorable mis pajarillos parece que hayan perdido la confianza y la despreocupación de que alardeaban antes; ahora al pasearse sobre los canteros lo hacen como si pisaran huevos, como se dice vulgarmente; caminan dando brinquetes de susto y evitando todos los puntos en que la tierra sea algo movediza o demasiado suelta; parece que todos se hayan avisado que allí existe algún grave peligro, y apenas han comido con rapidez, no tardan en encaramarse con apuro al parral, entre cuyas hojas parecen sentirse más tranquilos y seguros.

CARLOS SPEGAZZINI.

La Plata, enero 31 de 1922.

## MOVIMIENTO SOCIAL

**Nuevos miembros activos.**—Fueron aceptados los siguientes:

*Capital.*—Manuel A. Barraza, Gustavo M. Barreto, Srta. Irene Bernasconi, Jorge Bullrich, Dr. Jorge Casares, Dr. E. D. Dallas, Teniente de Fragata E. C. de la Vega, Ernesto F. Gesell, Dra. Deidamia, Giambiagi, Jorge Hughes, Martín J. Maciel, Dr. Carlos Maechling, Mario Reto, Dr. Hugo Salomón, Milcíades A. Vignati.

*Interior.*—Ing. Agr. P. U. Acevedo, Bell Ville, (Córdoba); Haraldo Hauge, Agustina, (Prov. Bs. As.); Srta. María A. Morello, (Rosario); Srta. A. M. Parodié Mantero, C. del Uruguay, (Entre Ríos); C. H. Smyth, Sta. Elena, (Entre Ríos); Santos Tombolini, Firmat, (Santa Fe).

*Exterior.*—Dr. J. M. Kyle, Conchillas, (Uruguay); J. H. Riley, Washington.

**Donaciones en efectivo.**—Se ha recibido de nuestros consocios: Sr. Stewart Shipton, \$ 18 m|n.; Sr. W. R. Mac Bean, \$ 7 m|n.; Sr. D. H. Mathew, \$ 3.50 m|n.

**Donaciones de aves, nidos y huevos.**—Se han recibido las siguientes: Francisco Basterreix, 1 ave fresca (becasina), 1 nido y 2 huevos de garcita, de Vedia (F. C. P.).

Señora M. L. de Bowes, 1 cuero de ave (Piojito azulado), con su nido y 3 huevos, de Santa Elena (Entre Ríos).

Alberto Carcelles, 1 nido de boyero, de Colón (E. Ríos).